

humilde casa, abandonado de todo el mundo, sin escuchar la voz de sus hijos, sin oír el adios de su esposa!

Profundamente conmovido se arrodilló delante de él, y cogiendo sus manos las calentaba con su aliento, porque empezaban á helarse.

Fray Pedro volvió con la Extrema Uncion, seguido de frailes y de muchos habitantes del pueblo, que estaban consternados al saber que ya no habia esperanza de salvar á Cortés.

Los frailes con hachas y los habitantes del pueblo penetraron en la estancia del moribundo.

Al terminar la ceremonia resonó la campana del convento con doble funerario.

La comitiva se alejó.

No habria aún llegado á la calle, cuando el franciscano, separándose de Cortés, se acercó á fray Pedro Melgarejo.

—Rogad á Dios por él,—le dijo.

—¿Ha muerto?

—Sí.

En efecto, acababa de espirar (E).

Los dos se arrodillaron, elevando al cielo su plegaria para que recogiera en su seno el alma de aquel hombre tan grande y tan desventurado.

Capítulo CLI.

Venturas póstumas.

Mientras tenia lugar en Castilleja de la Cuesta la dolorosa escena que acabo de referir, avanzaba rápidamente con direccion á dicho pueblo un ginete, á quien el vivo galope de su caballo le parecia pesado.

Era Luciano.

Luciano volvía á ver á su padre lleno de esperanza.

Protegido por los amigos de Cortés, se habia presentado al rey y le habia hablado con la energia que dá el dolor y el respeto que inspira la esperanza de la justicia.

La pintura que le hizo de la aflictiva situacion de su padre, agravada por la orden que habia recibido, orden que parecia un arresto más que otra cosa; la seguridad que le dió de que tanto Cortés como él

serian siempre vasallos leales suyos, ejercieron en el noble corazón del monarca una gran influencia.

No sólo le autorizo para que pudiese su padre salir al mar y continuar sus descubrimientos, sino que extendió al hijo su gracia, ofreciendo ampararle, y hasta le prometió informarse del pleito que sostenía con el virey de Méjico, para fallarle en justicia.

Alentado con estas promesas, y provisto Luciano de los documentos llamados á favorecer su ejecución, salió presuroso para Castilleja, seguro de que las noticias que iba á dar al autor de sus días bastarian á fortalecerle y á aliviar la dolencia, en su concepto más moral que física, que estaba padeciendo.

Su impaciencia era tanto mayor, cuanto que veía amontonarse en el horizonte oscuras nubes, la noche avanzaba, y si llovía con abundancia era muy fácil que una rambla que había en el camino se inundase, interceptando el paso.

Sus temores no eran infundados.

A poco estalló la tormenta.

Al llegar á la rambla formaba un río tan caudaloso, que era imposible vadearle.

Al pronto se resolvió á pasarle; pero pensó que iba á arriesgar su vida sin poder ofrecer á su pobre padre los consuelos que le llevaba.

—Esto pasará pronto,—se dijo.

Y viendo á poca distancia una luz, tomó su dirección y llegó á una cabaña.

Allí se guareció, permaneciendo en aquel asilo hasta la madrugada.

Aún no había despuntado el alba, cuando se puso de nuevo en camino, y aunque todavía llevaba bastante agua la calzada, la traspasó á caballo, picando la espuela para ganar el tiempo perdido.

Cuatro horas después divisaba la torre del convento de Castilleja.

De pronto se detuvo.

El sonido funerario de la campana llegó á su oído. La sangre se heló en sus venas.

—¡Dios mío! ¡Será tarde?—exclamó.

Y maquinalmente aguijoneó al caballo para que la realidad le sacase de la horrible duda.

Apenas llegó á la puerta de la casa, salió á su encuentro fray Pedro Melgarejo.

Luciano se apeó del caballo, y corrió á arrojar-se en los brazos que le tendía el sacerdote.

—¿Qué pasa?—preguntó.

—Valor, hijo mío.

—Esa campana...

—No te ha engañado.

—¿Llego tarde?...

—Dios lo ha dispuesto así...

—¡Ah! ¡Dios mío! ¡Dios mío!

Luciano permaneció ensimismado algunos segundos.

—Pero yo quiero verle,—dijo al fin,—besar sus manos, cerrar sus ojos.

El religioso trató de disuadirle; pero no pudo conseguirlo.

Luciano entró en la habitación donde yacía el

cadáver, y permaneció más de cinco minutos abrazado á su padre, cayendo al fin sin sentido.

Gracias á los auxilios del padre Jerónimo, volvió en sí y fué trasladado á la estancia inmediata.

En ella encontró á la hermana Pizarro.

—¿Vos aquí!—dijo.

—Sí; he venido á recojer su último aliento, á partir con el dolor.

—Sois el ángel de mi guarda.

—Si así fuera, todavía podría brindaros algun consuelo mi cariño.

—¿Qué decis?

—He venido con una mision de mi buen hermano para vuestro padre.

—¿Y os ha visto? ¿Os ha oído?

—Sí.

—Tu padre, Luciano,—dijo Melgarejo,—ha revelado á esta joven tu secreto, ha bendecido tu amor, y ha oído de sus labios la promesa de hacerte dichoso.

Luciano cayó de rodillas, y besó la mano del amigo de su padre.

Este, con los dos jóvenes, quedó en su habitacion en que se hallaban, en tanto que los vecinos del pueblo, precedidos de los frailes y de Botello, penetraban en la casa para despedirse de los restos del gran hombre que con la fé habia conquistado un imperio.

Avisada á Sevilla la noticia de su fallecimiento, envió su familia embalsamadores á Castilleja.

Dona Juana estuvo á poco de perder el juicio al saber el triste fin de su esposo,

Embalsamado el cadáver, se recibió una orden del rey mandando que se le hiciese un gran entierro, y que sus restos fuesen depositados en el monasterio de Jerónimos de Santiponce,

Botello fué el encargado de disponer la ceremonia.

El ataud debian llevarlo cuatro marinos.

Toda la comunidad de franciscanos acompañaria el entierro, entonando fúnebres cantos.

Dispuesto todo como hemos indicado, se puso la comitiva en marcha para Santiponce, y allí se celebraron con modestia los funerales del héroe.

Sólo quedaron en Castilleja fray Pedro, Luciano y la hermana de Pizarro.

Al dia siguiente dijo la joven á Luciano:

—Voy á partir á Trujillo... allí os espero.

La carabela que habia de conducir á mi padre me llevará al lado de vuestro hermano.

Al dia siguiente partió, en efecto, la joven.

Luciano y fray Pepro se dirigieron á Sevilla para dar cuenta á doña Juana y al conde de Aguilar de los últimos momentos de Hernan Cortés.

Doña Juana Martín y sus tres hermanos volvieron á Toledo.

Algun tiempo despues, la memoria de su padre inspiró á Martir. este epitafio:

«¡Oh! Padre, cuya suerte impropriamente

Aqueste bajo mundo poseia;

Valor que nuestra edad enriquecia,

Descansa agora en paz eternamente.»

Si este recuerdo debió Cortés el cariño filial, digno es de que aquí eitemos el elogio que de él hace un entusiasta historiador contemporáneo.

Despues de reseñar á grandes rasgos la conquista de Méjico, canta sus glorias de este modo:

»Cortés, dice, á quien se le debia tan grande azaña, experimentó la ingratitud, que en general fué la suerte de los conquistadores del Nuevo-Mundo: un título de marqués fué el premio de sus servicios, pero se le quitó el gobierno de un imperio que se debia á su valor y á su pericia.

»El emperador Carlos V, aunque al principio le trató con distincion, dió por fin oidos á las sugestiones de la envidia, y acabó por no mostrarlo más que frialdad é indiferencia.

»Cortés terminó su vida reducido á la suerte de pretendiente, y en la indignacion que le causaba tan no merecida conducta por parte de su soberano, le dijo un dia, presentándose á él á pesar suyo:

—»Aquí teneis al que os ha conquistado más reinos que los que heredásteis de vuestros mayores.

»Así era, en efecto, y la posteridad, admiradora de sus proezas, le coloca á la altura de los más célebres guerreros.

»Ninguno es mayor que él, si se atiende á los medios que tuvo y á los resultados que produjo.

»De todas las empresas modernas, la suya es tal vez la que, prestándose más á la grandiosidad de la epopeya, mereceria sobre todas encontrar un Homero.»

No lo ha hallado, en efecto, y ya es posible que no lo halle.

¡Quién le habia de decir que aquel país tan rico, tan fértil, tan dichoso, entregado por él á la corona de Castilla, llegaria á emanciparse, hallándose despues de cuatro siglos en continuas luchas intestinas!

Pero pongamos fin á nuestra historia.

Si Cortés recibió ingratitud por los beneficios que habia dispensado á su patria, esta ingratitud se tornó despues de su muerte en admiracion hácia su nombre en mercedes y fortuna para su descendencia.

El rey, queriendo premiar en Luciano los servicios de su padre, le confió el mando de la carabela que en el puerto de Palos habia dispuesta para darse á la vela.

El jóven no tardó en unirse á Pizarro, y cuando algun dia tracemos la historia de este gran hombre, émulo de Cortés; de este soldado que encontró en el Perú con los famosos Lucas una raza, una religion y unas costumbres distintas de las de los mejicanos, pero más sorprendentes y maravillosas aún; cuando bosquejemos esta gran figura, repetimos, conocerán nuestros lectores los infinitos episodios en que tomó parte el hijo de Cortés antes de que pudiera volver á reunirse con la hermana de Pizarro.

Martin, su hermano, heredó el título de su padre, y la descendencia del héroe figura entre las familias más nobles y distinguidas de España.

FIN.